Notas de Elena G. de White

Lección 12
17 de Diciembre de 2011

Vivir por el Espíritu

Sábado 10 de diciembre

La Palabra de Dios es el alimento espiritual con el cual el cristiano debe fortalecerse en espíritu y en intelecto, a fin de batallar por la verdad y la justicia. La Biblia enseña que todo pecado que nos asedia debe ser desechado, que debe sostenerse la guerra contra el mal hasta que toda mala tendencia haya sido vencida. El agente humano debe colocarse como estudiante voluntario en la escuela de Cristo. Mientras acepta la gracia que se le ofrece libremente, la presencia del Salvador en los pensamientos y en el corazón le darán decisión de propósito para poner a un lado todo peso, a fin de que el corazón sea henchido con toda la plenitud de Dios.

La sencillez de la verdadera piedad debe impartirse en la educación de nuestros jóvenes, para que sepan escapar de la corrupción que hay en el mundo. Debe enseñárseles que los verdaderos seguidores de Cristo servirán a Dios no solo cuando el hacerlo esté de acuerdo con sus inclinaciones, sino también cuando signifique abnegación y llevar la cruz. Los pecados que asedian deben ser combatidos y vencidos. Los rasgos objetables de carácter, sean hereditarios o cultivados, deben ser comparados con la gran regla de justicia, y luego vencidos en la fuerza de Cristo. Día tras día, hora tras hora, ha de continuar en el corazón una obra vigorosa de abnegación y santificación; entonces las acciones darán testimonio de que Jesús mora en el corazón por la fe. La santificación no cierra las avenidas del alma al conocimiento, sino que expande la mente y la inspira a buscar la verdad como tesoro escondido (***Consejos para los maestros*, pp. 433, 434**).

Domingo 11 de diciembre:
Andar en el Espíritu

[Se cita Gálatas 5:22-25] Cuando seamos iluminados por el Espíritu de Dios, contemplaremos la gloria de Jesús, y al ver nuestra deformidad, fijaremos por fe nuestros ojos en él. Al contemplar la belleza del carácter de Cristo, seremos transformados a la semejanza divina. "Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor" (2 Corintios 3:18) (***Signs of the Times*, 13 de diciembre, 1899**).

"Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza; contra tales cosas no hay ley. Pero los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos. Si vivimos por el Espíritu, andemos también por el Espíritu. No nos hagamos vanagloriosos, irritándonos unos a otros, envidiándonos unos a otros" (Gálatas 5:22-26). Hay lecciones de gran importancia que ni uno en veinte de los hijos de Dios han aprendido. ¿No las aprenderemos antes que nuestro destino eterno sea sellado? ¿Nos permitiremos cultivar los rasgos que Satanás mostró en el cielo y que provocaron su caída? ¿Caeremos en sus tentaciones como han caído miles y miles, separándonos de Dios y pasándonos a las filas del enemigo? Muchos que profesan creer en la verdad permiten que esto les suceda. Cuando las circunstancias los enfrentan a tentaciones, no las pueden resistir y caen como fácil presa del diablo. El único antídoto contra las trampas satánicas es la piedad práctica.

La Palabra de Dios está llena de instrucción para que sus hijos se amen unos a otros y no luchen los unos contra los otros. Son llamados a ser libres y a mantener esa libertad con que Cristo los hizo libres. A la vez que les pide ser cuidadosos de no usar esa libertad para entrar en prácticas corruptas de indulgencia, también les pide evitar cualquier cosa que pueda crear contención, disensión y sentimientos encontrados. Deben servirse unos a otros por amor y mantener el afecto cristiano entre ellos (***Review and Herald*, 28 de junio, 1887**).

Nadie puede glorificar a Dios en su cuerpo, tal como él lo requiere, mientras viva en abierta transgresión a la ley de Dios. Si el cuerpo viola el séptimo mandamiento, es por lo que le dicta la mente. Si la

mente es impura, el cuerpo, naturalmente, se ocupará en actos de impureza. La pureza no puede existir en el alma de alguien que rinda su cuerpo a los actos impuros. Si el cuerpo sirve a la concupiscencia, la mente no podrá mantenerse consagrada a Dios. Con el fin de preservar una mente santificada, el cuerpo debe ser mantenido en santificación y honor. La mente servirá, pues, a la ley de Dios, y le rendirá obediencia voluntaria a todos sus requerimientos... Entonces, como el apóstol, el tal podrá presentar sus miembros a Dios como instrumentos de justicia (***Testimonios sobre la conducta sexual*, pp. 112, 113**).

Lunes 12 de diciembre:
El conflicto del cristiano

La santificación es una tarea diaria. Que nadie se engañe a sí mismo pensando que Dios lo perdonará y bendecirá mientras continúe pisoteando uno de sus requerimientos. La comisión voluntaria de un pecado reconocido silencia el testimonio de la voz del Espíritu, y separa el alma de Dios. No importa cuál sea el éxtasis del sentimiento religioso, Jesús no puede morar en el corazón de la persona que desprecia la ley divina. Dios honrará únicamente a los que le honran.

"Si os sometéis a alguien como esclavos para obedecerle, sois esclavos de aquel a quien obedecéis". Si consentimos el enojo, la pasión, la codicia, el odio, el egoísmo o cualquier otro pecado, nos hacemos esclavos del pecado. "Ninguno puede servir a dos señores". Si servimos al pecado, no podemos servir a Cristo. El cristiano experimentará las exigencias del pecado, porque la carne codicia contra el Espíritu; pero el Espíritu lucha contra la carne, manteniendo una guerra constante. Aquí es donde se necesita la ayuda de Cristo. La debilidad humana se une con la fuerza divina y la fe exclama: "Gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo" (1 Corintios 15:57) (***Exaltad a Jesús*, p. 138**).

La vida del cristiano es una lucha. Pero "no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes" (Efesios 6:12). En este conflicto de la justicia contra la injusticia, solo podemos tener éxito mediante la ayuda divina. Nuestra voluntad finita debe ser sometida a la voluntad del Infinito; la voluntad humana debe unirse a la divina. Esto

traerá al Espíritu Santo en ayuda nuestra (***La maravillosa gracia de Dios*, p. 196**).

Algunos experimentan la necesidad de la expiación, y este reconocimiento sumado al deseo de un cambio de corazón, produce una lucha en su interior. Pero el renunciamiento de la propia voluntad o tal vez de los objetos elegidos de sus afectos o de sus afanes, requiere un esfuerzo frente al cual muchos vacilan, se desaniman y vuelven atrás. Sin embargo, cada corazón verdaderamente convertido debe pelear esta batalla. Es indispensable que ganemos la victoria sobre el yo, que crucifiquemos nuestros afectos y pasiones, y así comienza la unión del alma con Cristo. Así como una rama seca y aparentemente sin vida se injerta en el árbol verde, así también nosotros podemos llegar a ser ramas vivas de la Vid verdadera. Y el fruto que Cristo llevó también se verá en todos sus seguidores. Una vez que esta unión se ha formado, se puede preservar mediante un esfuerzo continuo, ferviente y esmerado. Cristo ejerce su poder con el fin de preservar y guardar esta sagrada unión, y el pecador impotente y dependiente de él necesita hacer su parte con una energía incansable...

Cada cristiano debe mantenerse continuamente en guardia y vigilar cada avenida del alma por donde Satanás pudiera hallar acceso. Debe orar en demanda de ayuda divina y al mismo tiempo resistir resueltamente cada inclinación hacia el pecado. Todos pueden vencer mediante el valor, la fe y el esfuerzo perseverante. Pero recuerden que para ganar la victoria, Cristo debe morar en ustedes y ustedes en Cristo (***Exaltad a Jesús*, p. 334**).

Martes 13 de diciembre: Las obras de la carne

En toda época, la transgresión de la ley de Dios fue seguida por el mismo resultado. En los días de Noé, cuando se violó todo principio del bien hacer, y la iniquidad se volvió tan arraigada y difundida que Dios no pudo soportarla más, se promulgó el decreto: "Raeré los hombres que he creado de sobre la faz de la tierra" (Génesis 6:7). En los tiempos de Abraham, el pueblo de Sodoma desafió abiertamente a Dios y a su ley; y se manifestó la misma perversidad, la misma corrupción y la misma sensualidad desenfrenada que habían distinguido al mundo antediluviano. Los habitantes de Sodoma sobrepasaron

los límites de la tolerancia divina, y contra ellos se encendió el fuego de la venganza.

El tiempo que precedió al cautiverio de las diez tribus de Israel se destacó por una desobediencia y una perversidad similares. No se tenía en cuenta para nada la ley de Dios, y esto abrió las compuertas de la iniquidad sobre Israel. Oseas declaró: "Jehová pleitea con los moradores de la tierra; porque no hay verdad, ni misericordia, ni conocimiento de Dios en la tierra. Perjurar, y mentir, y matar, y hurtar y adulterar prevalecieron, y sangres se tocaron con sangres" (Oseas 4:1,2) (***Profetas y reyes*, p. 222**).

No debemos pensar en ser pasivos como si aquellos que van a llegar a la inmortalidad no tienen ninguna tarea que hacer. No, no; Dios nos pide que hagamos lo mejor que podamos con la fuerza que él nos ha dado; que ejercitemos cada facultad y cada habilidad recibida. Es imposible que el ser humano pueda salvarse en la indolencia y la inactividad porque hay un conflicto constante para llegar a la vida eterna. La fe y las obras van mano a mano. La doctrina que enseña que no hay nada que hacer sino creer, es peligrosa y falaz, porque la fe sin obras es muerta. La idea de que una persona puede ser salva en sus pecados no está en armonía con el plan de redención ni con la obra divina en nosotros. El pecado debe ser odiado y expulsado; debemos pelear en contra de las obras de la carne. Ningún holgazán se esforzará por vencer sus inclinaciones ni estará a la defensiva cuando Satanás le presente sus tentaciones. Los que heredarán la vida eterna deben subyugar el orgullo, conquistar las pasiones y caminar en la luz de Dios; deben correr la buena carrera y hacer uso de toda la ayuda que la providencia ha puesto en su camino, mirando constantemente a Jesús, el autor y consumador de nuestra fe. "Separados de mí —dice él— nada podéis hacer".

Es necesario investigar las Sagradas Escrituras para entender cómo trabajar inteligentemente. Si descuidamos el estudio de la Palabra de Dios —un deber que Cristo ha subrayado especialmente— estaremos en desventaja al enfrentar los engaños y errores del mundo. "La exposición de tus palabras alumbra; hace entender a los simples" (Salmo 119:130). No solo debemos leerla, sino orar para que la verdad de sus enseñanzas pueda hallar cabida en nuestro corazón, ser recibida, creída y puesta en práctica. Al contrastar la verdad con el error, podremos entretejer la verdad en nuestra vida y ejemplificarla en nues-

tro carácter para que aquellos con quienes nos asociemos puedan ver nuestras buenas obras y glorificar a nuestro Padre que está en los cielos. Debemos conducirnos de tal manera que Dios se agrade de nosotros. Así como el tesoro celestial es de más valor que el terrenal, debemos colocar mayor esfuerzo en las cosas religiosas que en las terrenales. ¿Acaso Dios nos ha dado todas nuestras habilidades solamente para emplearlas en las cosas terrenas, o él desea que le demos mucho más valor a los intereses eternos? ¡Cuántas ideas falsas prevalecen con relación a la salvación del alma! (***Review and Herald*, 30 de octubre, 1888**).

**Miércoles 14 de diciembre:
El fruto del Espíritu (Gálatas 5:22-24)**

Cuando el templo interior es vaciado completamente del yo, y todo dios falso es desalojado, el lugar lo llena la afluencia del Espíritu de Cristo. Es así como uno adquiere la fe que obra por amor, y purifica al creyente de toda corrupción moral y espiritual. El Espíritu Santo, el Consolador, puede actuar influyendo y orientando la mente para que pueda gozarse en los asuntos espirituales. Entonces la persona anda "conforme al Espíritu" (Romanos 8:1), y piensa en los temas del Espíritu y desconfía de sí misma. Cristo es el todo y en todos. El Espíritu Santo en forma constante revela la verdad. Si el creyente recibe con humildad la palabra injertada, tributará al Señor toda su gloria diciendo: "Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu". "Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que proviene de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha concedido" (1 Corintios 2:10,12).

Además de la revelación, el Espíritu también produce frutos de justicia. Cristo es para el creyente "una fuente de agua que salte para vida eterna" (Juan 4:14). Es un sarmiento de la Vid verdadera que lleva muchos frutos para la gloria de Dios. ¿Cuál es la característica del fruto? "Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza; contra tales cosas no hay ley" (Gálatas 5:22, 23).

Los que tienen el Espíritu serán sinceros colaboradores con Dios. Las inteligencias celestiales cooperarán con ellos, y serán probados con el espíritu del mensaje del cual son portadores. Constituyen un espectáculo para el mundo, los ángeles y los hombres. Por creer en la

verdad son refinados y ennoblecidos por intermedio de la santificación del Espíritu. En el santuario interior no acumularon madera, heno o rastrojos. Por el contrario, atesoraron oro, plata y piedras preciosas. Hablan palabras de sólido significado, y de los tesoros del corazón extraen temas puros y sagrados, de acuerdo con el ejemplo de Cristo (***Recibiréis poder*, p. 93**).

Los que aman a Dios no pueden abrigar odio o envidia. Mientras que el principio celestial del amor eterno llena el corazón, fluirá a los demás, no simplemente porque se reciban favores de ellos, sino porque el amor es el principio de acción, y modifica el carácter, gobierna los impulsos, domina las pasiones, subyuga la enemistad y eleva y ennoblece los afectos. Este amor no se reduce a incluir solamente "a mí y a los míos", sino que es tan amplio como el mundo y tan alto como el cielo, y está en armonía con el de los activos ángeles. Este amor, albergado en el alma, suaviza la vida entera, y hace sentir su influencia en todo su alrededor. Poseyéndolo, no podemos sino ser felices, sea que la fortuna nos favorezca o nos sea contraria. Si amamos a Dios de todo nuestro corazón, debemos amar también a sus hijos. Este amor es el Espíritu de Dios. Es el adorno celestial que da verdadera nobleza y dignidad al alma y asemeja nuestra vida a la del Maestro. Cualesquiera que sean las buenas cualidades que tengamos, por honorables y refinados que nos consideremos, si el alma no está bautizada con la gracia celestial del amor hacia Dios y hacia nuestros semejantes, nos falta verdadera bondad, y no estamos listos para el cielo, donde todo es amor unidad (***Testimonios para la iglesia*, tomo 4, p. 221**).

Jueves 15 de diciembre:
El camino a la victoria

Hay en el cristianismo una ciencia que debe dominarse, una ciencia tanto más profunda, amplia y elevada que cualquier ciencia humana, como los cielos son más elevados que la tierra. La mente tiene que ser disciplinada, educada, preparada; porque los hombres han de prestar servicio a Dios en maneras diversas que no están en armonía con la inclinación innata. A menudo uno debe desechar la preparación y la educación de toda la vida, a fin de poder aprender en la escuela de Cristo. El corazón debe ser enseñado a permanecer firme en Dios. Ancianos y jóvenes han de formar hábitos de pensamiento que los habilitarán para resistir la tentación. Deben aprender a mirar

hacia arriba. Los principios de la Palabra de Dios —principios que son tan altos como los cielos y que abarcan toda la eternidad— han de ser comprendidos en su relación con la vida diaria. Todo acto, toda palabra, todo pensamiento, tiene que estar de acuerdo con estos principios.

Ninguna ciencia equivale a la que desarrolla el carácter de Dios en la vida del estudiante. Los que llegan a ser discípulos de Cristo encuentran que se les proporcionan nuevos motivos de acción y que adquieren nuevos pensamientos, de los que deben resultar nuevas acciones. Pero los tales pueden progresar únicamente por medio de conflictos; porque hay un enemigo que contiende siempre contra ellos, presentándoles tentaciones que hacen que el alma dude y peque. Hay tendencias al mal, hereditarias y cultivadas, que deben ser vencidas. El apetito y la pasión han de ser puestos bajo el dominio del Espíritu Santo. No tiene término la lucha de este lado de la eternidad. Pero, aunque hay que sostener batallas constantes, también hay preciosas victorias que ganar; y el triunfo sobre el yo y el pecado es de más valor de lo que la mente puede estimar (***Consejos para los maestros*, pp. 20, 21**).

El Señor necesita hombres y mujeres que lleven en su vida diaria la luz de un ejemplo piadoso, cuyas palabras y acciones muestren que Cristo mora en su corazón para guiarles, enseñarles y dirigirles. Hombres y mujeres de oración que luchan con Dios hasta obtener la victoria sobre el yo, para que Dios pueda hacerlos vasos de honra, vasijas en manos del alfarero, que puedan impartir a otros el poder espiritual que han recibido de la Fuente de poder. Cristo vive en ellos y el poder del Espíritu los ayuda en sus esfuerzos. Comprenden que deben vivir en el mundo la vida que Cristo vivió, una vida libre de egoísmo, dedicada a testificar acerca de Aquel que atrae a las almas a la cruz del Calvario (***Signs of the Times*, 9 de abril, 1902**).

Material provisto por RECURSOS ESCUELA SABATICA ©
http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica
http://groups.google.com.ar/group/escuela-sabatica?hl=es
Suscríbase para recibir gratuitamente recursos para la Escuela Sabática